

ANÁLISIS ► ESPAÑA

Un crimen electoral

JAVIER PRADERA

La honda conmoción producida por el asesinato de Gregorio Ordóñez a manos de un pistolero de ETA ha llegado hasta el interior de HB, el brazo político de la organización terrorista. No les falta razón a quienes relativizan el alcance de los desacuerdos surgidos por ese motivo dentro del nacionalismo radical; mientras las condenas de los crímenes hagan acepción de personas, cubriendo a políticos o periodistas (de nuevo bajo el punto de mira de KAS), pero desprotegiendo a los miembros de las fuerzas de seguridad y de las Fuerzas Armadas, el terreno cívico y moral conquistado a la violencia será exiguo. Si la obligada universalidad de los derechos humanos prohíbe la torticera utilización de los ochocientos asesinatos de ETA como contexto justificador de los GAL, resulta igualmente despreciable la pretensión de discriminar a las víctimas del terrorismo por sus ideas o por su profesión.

Ahora bien, este crimen horrible ha tenido características específicas dignas de ser analizadas con detalle. Las circunstancias en que fue asesinado el combativo presidente del PP de Guipúzcoa, que había conducido a su partido a la victoria en San Sebastián en los comicios europeos con el 22,5% de los sufragios, podrían llevar a los votantes de HB mínimamente sensibles a revisar

sus preferencias electorales; el coraje del dirigente popular amenazado por ETA, que paseaba sin escolta por las calles de su ciudad, contrasta con la sucia cobardía del encapuchado que le disparó por la espalda mientras almorzaba en un bar de la Parte Vieja. Concejales de San Sebastián y parlamentario autonómico por Guipúzcoa, la doble credencial de Ordóñez como representante de la soberanía popular convierte su asesinato en un atentado contra las instituciones democráticas. Otros cargos públicos fueron víctimas del terrorismo durante la transición; sin embargo, desde el asesinato, en 1984, del socialista Casas por los llamados Comandos Autónomos Anticapitalistas, los políticos habían quedado fuera de las mortíferas listas de ETA.

Con la torpe ambivalencia de un lenguaje envilecido por su hipócrita justificación habitual de la violencia, una concejal de HB en el Ayuntamiento donostiarra condenó el crimen con el argumento de que los representantes de los ciudadanos (a diferencia de otros gremios) no deberían servir de blanco a los terroristas; de acuerdo con sus palabras, el asesinato de Ordóñez ("una intervención de carácter armado" es el atroz eufemismo enmascarador del tiro en la nuca) constituyó una indeseable interferencia en la marcha ordinaria de la vida municipal ("la lucha político-institucional", según el diccionario *políticamente correcto* de la coa-



El féretro de Gregorio Ordóñez, a hombros de sus compañeros del Ayuntamiento de San Sebastián el pasado martes.

lición). Otros dirigentes y militantes del nacionalismo radical, desde Julen Madariaga (fundador de ETA) hasta el ex diputado Montero, pasando por el parlamentario navarro Zabaleta y otros representantes autonómicos y municipales de HB, han mostrado también sus discrepancias. Se dirá que estos pasos son muy cortos y llegan demasiado tarde, al igual que la meliflua homilía del obispo Setién contemporizadora con los etarras, seguramente más mercederos de la caritativa benevolencia episcopal que las mujeres forzadas por circunstancias personales a interrumpir embarazos indeseados. Sin embargo, los cautos, tibios y timoratos pronunciamientos de

los disidentes de HB y del prelado de San Sebastián constituyen un monumento al valor y la dignidad si se los compara con algunas escalofriantes declaraciones procedentes de la sanguinaria familia del nacionalismo radical y dirigidas a exculpar implícitamente o a justificar abiertamente el tiro en la nuca.

Un editorial de *Egin* interpretó el brutal atentado del pasado lunes como un aviso al PP, previsible "triunfador de las próximas elecciones y, por ende, detentador del Gobierno español"; las dimensiones de *crimen electoral* del asesinato de Ordóñez, orientado a condicionar los resultados del próximo 28 de mayo, resultan evidentes. Los temores del

nacionalismo radical a ser derrotado en las urnas, no sólo por el PNV y el PSOE, sino también por el PP, han cargado la pistola disparada el pasado lunes a bocajarro sobre el dirigente popular donostiarra. En los últimos comicios europeos, la espectacular remontada del PP le situó dos puntos por encima de HB (17,8% frente al 15,8%) en el conjunto del País Vasco: demasiada humillación para quienes se consideran los únicos representantes de sus compatriotas. Pero este crimen electoral tal vez se vuelva contra sus inductores: el impresionante duelo cívico en las calles donostiarra hace pensar que el voto del PP podría crecer en los próximos comicios.

ANÁLISIS ► INTERNACIONAL

Una paz de papel

M. Á. BASTENIER

Por qué el proceso de paz entre Israel y la OLP parece que exhala boqueadas de muerte? En medio de la creciente actividad terrorista de Hamás gran parte de la opinión israelí puede decirse, comprensiblemente, hoy que, si la pesadilla que está viviendo es la paz, preferible era la guerra.

La respuesta estándar a la cuestión es geoméricamente conocida. En ambos bandos hay extremistas: de un lado, los halcones israelíes que cometieron la fechoría de Hebrón, y, de otro, los terroristas de Hamás —uno de los variados nombres del *parálito*, la Hermandad Musulmana— que sólo se conforman con la destrucción de Israel.

Vemos así cómo se dibuja una especie de gráfico horizontal, en cuyo centro se hallan los *moderados* de la guisa del primer ministro Rabin y su hombre de Exteriores, pero no de confianza, Peres, junto al presidente Arafat y su manojito de colaboradores. Ese centro es la razón y la democracia, mientras que a ambos extremos se hallan los radicales, irracionales enemigos de la paz.

Pero, sin embargo, no tiene nada de irracional que esa paz esté erizada de enemigos que aspiran a destruirla. ¿Por qué?

El acuerdo israelo-palestino

no fue producto del cansancio de los combatientes, no teníamos ante nosotros a dos gladiadores exhaustos que convinieran en la imposibilidad de derrotarse y firmaran una paz entre iguales; no ha sido tampoco esta paz la de la generosidad en la que el vencedor entiende que su seguridad estará mejor servida por la reconciliación con el vencido; ni, mucho menos, una paz impuesta desde fuera por un poder superior con la capacidad de llevar a las partes a un acuerdo proporcional y equidistante. En un momento pasado pudo creerse así, cuando Estados Unidos se quedó solo en el campo geopolítico tras la dimisión de la Unión Soviética. Pero la naturaleza de los acuerdos de septiembre de 1993 en Washington y la impotencia norteamericana en los Balcanes prueban que no hay unipolaridad que valga, y que el presidente Clinton no es capaz de atornillar una paz equilibrada en Oriente Próximo.

Ésa es la cuestión: la asimetría de la paz. La OLP firmaba en 1993 la retirada de la guerra contra Israel, que era lo mismo que la renuncia a combatir por la legitimidad de las reivindicaciones palestinas. Pero si había renuncia debería haber también compensación. ¿Cuál ha sido?

En los documentos de paz Israel no se compromete, ni expre-



Soldados israelíes se consuelan durante el funeral por sus 19 compañeros asesinados en el atentado suicida del pasado domingo.

sa ni tácitamente, a aceptar la existencia de un Estado palestino. Es verdad que en privado ha habido algún tipo de palabra resignada y ambigua en ese terreno, pero nada más. Y en ningún

caso es lo mismo prometer a la orejilla que poner las cosas en un papel. Sobre Jerusalén Este, la parte árabe de la ciudad, ninguna declaración tampoco, ni siquiera en el grado mínimo de

buscar una *solución imaginativa* al problema, como se dice en España cuando no se sabe qué decir. Y lo más irritante, quizá: no ha habido compromiso para detener la implantación judía en los territorios ocupados, como vemos con la aprobación de nuevas colonias en torno a Jerusalén.

¿Qué ha obtenido, pues, Arafat deponiendo el estado de beligerancia contra Israel? La franja de Gaza, que no la quiere nadie porque en ella el terror y la muerte son la principal *fuerza de riqueza*, y una especie de alcaldía de Jericó, 30 kilómetros cuadrados de Palestina, con poderes sobre conducciones de agua y currículos escolares. Es cierto que, según lo acordado, esa autonomía debería ir extendiéndose gradualmente al resto de Cisjordania, pero, de momento, ni siquiera se produce la retirada del Ejército israelí para permitir la celebración de elecciones en los territorios ocupados.

A la vista de todo ello, ¿a quién le puede sorprender que Hamás, Yihad Islámica o el que sea, ganen terreno, refinen aún más el terror, aculen a los *moderados*? Y todo ello, además, en una ecuación especialmente perversa. Los atentados palestinos impiden, se afirma contundentemente, avanzar por el camino de la paz. Pero no es menos cierto que mientras no se avance por el camino de la paz los atentados no dejarán de crecer y de encontrar un mayor apoyo en la opinión palestina. ¿Quién fue primero, el huevo o la gallina?

Aquella paz fue un *diktat*. Ahora se sabe. Era una paz sólo de papel.